

El edificio donde vivía Patricia Lins cerraba Madrid por una de sus esquinas. La más fácil de distinguir, a lo mejor (y eso que Madrid tiene muchas): esa que forma el Paseo de Rosales al doblar en ángulo recto hacia Moncloa. Justo delante de su portal empezaba a resbalar el Parque del Oeste hacia el río, y ya no se veían entre los árboles del paseo más edificios ni calles. Los había, claro que los había: pero los tapaban los desmontes y los encinares de El Pardo. Y si uno pasaba por alto las grúas más allá podía imaginarse que sólo había campo y campo y campo, como hace cincuenta años, entre el edificio y la sierra. Y más, que sólo había campos y parameras entre el Guadarrama y el mar, ya muy lejos, al final de la carretera de La Coruña. De pequeña Patricia Lins creía que la carretera misma acabaría en otra esquina, la superior izquierda del mapa de España que dibujaban en la pizarra: en un precipicio sobre las olas por el que a veces soñaba que se caía. O a lo mejor en una rotonda para que los coches pudiesen dar la vuelta hacia Madrid. Ya de niña le atormentaba el vicio de la previsión.

Así que la torre servía de avanzadilla y cierre en ese sitio que era a la vez pleno centro y últimas afueras. Tenía un aire franquista y en los detalles imitaba El Escorial. Pero acababa como cualquier bloque de pisos, en un ático con terraza que decepcionaba a quien trepaba con los ojos por vítores y águilas contando con un remate a juego. Lo compensaba el jar-

dín que daba la vuelta a la azotea: la viña virgen y la hiedras desbordaban las barandillas, y despuntaban cipreses y palmeras y adelfas y hasta saguaros sobre una espesura de bosque cerrado.

Patricia Lins estaba sentada en el cenador de la glicinia, que formaba un telón alrededor de la mesita y las sillas y llevaba muchos años retorciendo los hierros de la pérgola. Había que apartar las ramas para sentarse, y había que apartar antes de sentarse las flores malvas que con el principio del verano empezaban a caer sobre los muebles. Eso había hecho ella con la mano libre, antes de dejar sobre la mesa una caja de lata. Tenía saltado el esmalte de las esquinas. El resto era de un color tan vivo como debió de lucir en 1935, la fecha de la tapa. También se leía en letras grandes DULCE DE MEMBRILLO LA AMAPOLA, justamente sobre un ramo de amapolas, que aunque son las flores del olvido (y aunque se marchitan en minutos y son imposibles para ramos como el de aquel dibujo), habían acompañado a Patricia Lins toda su vida y servido durante más de sesenta años como tapa de su baúl de los recuerdos y emblema de los tesoros más valiosos.

Le dio una calada al cigarrillo y lo tiró al suelo para abrir la caja. Revolió un poco y sacó un sobre grande de papel de estraza. Estaba lleno de tarjetones de agencias de modelos y de casting y fotos de actores jóvenes recortados de revistas modernas. Muy despacio las colocó sobre la mesa en hileras.

Viendo el jardín asilvestrado era difícil adivinar la parte meticulosa (y casi maniática) de Patricia Lins. Era difícil, en realidad, viendo a la propia Patricia Lins y su pelo, de un blanco tan amarilleado por la edad como sus dedos por el tabaco negro que llevaba fumando cincuenta años sin cenicero ni pausa. Echaba la ceniza y las colillas al suelo, entre las

hojas secas del año anterior y las flores todavía tiernas de la glicinia. Porque a la vez y para según qué cosas (ella hubiera dicho que para las que no importaban) también era muy descuidada.

Se acabó de poner el sol sobre la Casa de Campo. Patricia Lins se levantó con dificultad y fue hasta el cable enrollado en la pérgola. Tuvo que arrancar ramitas y sacudir el interruptor para que se encendieran los farolitos supervivientes de una ristra de verbena enredada en la enredadera.

De lejos llegaba el ronroneo del tráfico de salida en la M-30. Antes de sentarse Patricia Lins se quedó escuchando.

—Ojalá se fueran, pero todos.

La previsión y el descuido, el jardín y la casa le venían a Patricia Lins de familia: una de genealogía tan rara y con tantas revueltas y nudos como la glicinia, formada a partir de dos ramas que sólo por puras casualidades habían acabado entroncando.

El abuelo de Patricia Lins era de la cepa previsora: un hombre humilde que a fuerza de mucho trabajo y también de muchas intrigas había hecho una carrera diplomática más brillante de lo que habría podido esperarse. Enviudó pronto y se pasó la vida de destino en destino, siempre con la madre de Patricia Lins a cuestas, trabajando él de sol a sol y dándose los dos la gran vida, parecía ser, de Nueva York a Ginebra, de Río a Buenos Aires. Vida de embajadas y encima en los años treinta, como de película de teléfonos blancos: en aquella casa cada vez que se abría un cajón saltaban fotos de hoteles y bailes y regatas.

A la familia de su abuelo no le pareció bien. Sobre todo por su madre, *la niña*, que se estaba acostumbrando a unos planes y unos lujos por encima de sus posibilidades. Las tías y las primas leían las postales en voz alta, de un tirón, y soltaban el aire a la altura de las posdatas: “Ay, esta niña, pobre,

qué batacazo se va a pegar. Ya verás, cuando le toque volverse, la niña, el batacazo...”.

Y así varios años con lo del batacazo, sin que su madre se preocupara ni poco ni mucho. Y luego resultó que había hecho bien, porque a su debido tiempo se casó enamorada con un millonario encantador que luego se hizo todavía más rico, y de batacazo nada: volvieron a Madrid, se instalaron en el ático de Rosales, plantaron los árboles de la azotea, tuvieron una hija, se pagó su padre un libro de memorias para regalar a los amigos y vivieron a gusto y bien hasta que se murieron.

—A veces, eso sí, me hacía un poco la coja, para compensar.

Se lo decía su madre a Patricia Lins de pequeña, porque no era nada tonta y dentro de su despreocupación general —que tan bien le había resultado, por otra parte— tenía a veces ramalazos de cálculo y puntería heredados del padre.

—Qué bien hiciste, mamá.

Lo dijo Patricia Lins en voz alta, sola en el cenador de la glicinia. No subía casi nadie al jardín ni a la casa y no bajaba ella apenas a la calle. Pero hablaba bastante, eso sí, con unos y con otros, con su madre y su abuelo y con gente que había dejado de ver y llevaba ya muerta y enterrada muchos años.

Puso la caja de membrillo bajo la luz de uno de los faroles y rebuscó murmurando hasta que le arrancó una foto más, antigua esta vez. Un chico trajeado y repeinadísimo, demasiado para su edad: ni la corbata ni la raya impecables disimulaban los veintipocos que debía de tener.

Era una cartulina de las que servían en los cuarenta para anunciar películas en los corchos junto a la taquilla de los cines. La foto era en blanco y negro, amarilla y muy sobada por los bordes. Sin embargo, Patricia Lins la miró un buen

rato y leyó en voz alta las letras bajo la foto, como si fuera la primera vez:

—Farley Granger en *La sogá*. De Alfred Hitchcock.

Hizo una pausa antes del título, alargó con suspense el “en” y pronunció las mayúsculas del título con voz del NoDo. Se rió un poco. Farley Granger, asombrado, la miraba desde la foto con los ojos brillantes muy abiertos.

A Patricia Lins le dio casi pena su cara de susto, y pasó el dedo más amarillo por su perfil, muy despacio. Lo dejó posado sobre la nariz perfecta.

—Que demasiado perfecta, decían. Qué sabrían.

Colocó la cartulina en el sitio de honor, presidiendo las hileras de chicos que se reían o estaban serios o miraban en direcciones y en colores que casi no se distinguían a la luz de los cuatro farolitos. Fue a encenderse un cigarro pero no llegó a hacerlo. Volvió a revolver en la caja y sacó otra foto: una de verdad esta vez, aunque también al papel se le notaban años de manoseo. La rodeaba el festón blanco de los revelados antiguos. También le brillaban en ella los ojos a Farley Granger. Pero ahora se reía sin pizca de susto en la cara y se llevaba a la boca el cigarrillo con un gesto parecido al de Patricia Lins un poco antes. Vestía un jersey sin camisa y en general costaba un poco reconocer en aquel chico despeinado al caballero impecable de la otra foto. La dedicatoria en la esquina intentaba disfrazar con florituras la caligrafía escolar.

—*For Patrizia: Recuerda!*

Patricia Lins lo pronunció imitando el acento americano. Y se rió, entre dientes esta vez.

—Ay, Farley, guapo, no hubo manera de que te enterases de que Patricia en español es con *ce*.

Después de cincuenta años a Patricia Lins no dejaba de hacerle gracia aquello. Y tampoco dejaba de hacerle gracia la broma de la dedicatoria, que sólo ella entendía y que aca-

baría por no ser inteligible y simplemente de existir cuando ella se muriese (y cuando se muriese, claro, Farley Granger, si es que aún se acordaba de ella después de tantísimo tiempo sin verse ni hablarse ni saber el uno del otro).

Porque en su día se había reído él mucho cuando Patricia Lins le explicó que otra película de Hitchcock, *Spellbound*, se había titulado en español *Recuerda*, que no tenía nada que ver. Una noche se empeñó Farley Granger en ir al Caracas, un cine de reestreno en Madrid donde la echaban, aunque ya la había visto en Los Ángeles; y no en un cine cualquiera, ni siquiera en la noche del estreno, sino en la mismísima sala de proyecciones de la casa de Hitchcock. Con el doblaje le entró la risa y se la contagió a ella, hasta que vino un acomodador y entre carcajadas acabaron de patitas en la calle Fuencarral.

Patricia Lins se volvió a reír ahora, sin hacer ruido ni apenas mover los hombros. Luego dejó el retrato de Farley Granger junto al otro, encendió el cigarrillo que no había acabado de encender y se puso seria.

Cogió una foto y la alejó todo lo que dio de sí el brazo, porque no sabía dónde estaban las gafas de cerca. Era un chico español de sonrisa y melena angelical, pero en moreno.

—No, qué horror el pelo. Aunque sí, tienes razón, el pelo se corta. Pero la nariz no, la nariz no se corta o si se corta no merece la pena, y además mira atravesado. No nos gusta.

Patricia Lins la tiró al suelo.

—Y este otro. Éste es peor todavía.

En la foto —un *composite* a base de fotogramas de una serie de televisión gallega— se veía a otro chico tirando a rubio y sonriendo siempre de oreja a oreja.

—¡Rubio! ¡Y la carita de pena! No se te parece en nada. En qué estaban pensando, no lo sé. Más bien yo creo que es que ni saben quién eras.

El siguiente no acabó en el suelo, pero tampoco aguantó mucho en las manos de Patricia Lins.

—Muy guapo. Pero nada que ver. Todavía menos que los feos.

Patricia Lins echó literalmente humo por la nariz, tiró luego el cigarrillo a medio fumar y dio un manotazo al resto de fotos.

—No es esto, no es esto. No se parece ninguno, nadie se te parece ni se te van a parecer estos mequetrefes porque ya no hay chicos así, hace cuarenta años que no los hay.

Se quedó quieta en el jardín, también muy quieto de pronto. Debía de haber cambiado el aire, porque ya no se oía el tráfico: cerrando los ojos parecía que Madrid entero quedaba muy lejos de la azotea.

Recogió las fotos e hizo un montón que le quedó algo raro, porque no tenía ya muy ágiles los dedos y porque las fotos de los chicos eran como los propios chicos: más grandes y más pequeñas, más anchas y más largas, más gruesas y más delgadas. Las barajó como pudo y se quedó mirando el mazo. Luego cortó. Y volvió a colocarlas en filas, bocabajo esta vez, como para un solitario.

—La solitaria, es lo que soy.

Y rió y dio una calada al cigarro. Luego entresacó una sin mirar. Llegó en ese momento con retraso de la sierra el primer soplo de un aire que no se notaba en la piel pero que puso a los farolillos a temblar como condenados.

—¿Ésta, dices?

Patricia Lins dio la vuelta a la cartulina y la sostuvo a la luz, quietas de golpe las lamparitas y ella, con la tarjeta en alto y el brazo estirado.

—No. O sí.

En la foto un chico de veintipocos miraba serio hacia abajo y hacia un lado, como si la cosa no fuera con él y en el

fondo le diera igual lo que Patricia Lins pudiera pensar. No se hacía antipático, sin embargo: al contrario.

—¿Sí? Sí.

Patricia Lins cogió la foto de *La sogá* y la sostuvo con la izquierda a la altura de la otra. Las entornó y a la luz del farolito (que no daba para mucho) pareció que Farley Granger y el chico se miraban de reojo.

Las gafas de cerca las llevaba encima, colgadas al cuello: se acordó de repente y de puro nerviosa le costó una eternidad abrirlas y ponérselas. Volvió a coger la foto del chico y apartó las demás con malos modos. Más de la mitad cayeron al suelo. La puso con cuidado en el centro exacto de la mesa, entre las dos de Farley Granger.

—Éste es, éste va a ser.

Se había puesto de pie y se apoyaba en la mesa con las dos manos.

—Al principio no se te parece, pero luego sí.

Dio una vuelta a la mesa sin dejar de mirar las fotos.

—Es como tú, es como si te estuviera viendo yo, como si él te estuviera viendo para imitarte.

Cogió la foto, la miró de lejos por encima de las gafas, volvió a llevársela casi hasta la nariz, le acarició la suya al retrato con el mismo dedo amarillo de antes. Se echó a reír, le dio la vuelta, leyó lo que estaba escrito y volvió a reírse.

Ahora sí que bufó un aire caliente que arrastró las fotos tiradas por el suelo y sacudió los faroles como campanas a rebato.

—¡Es brasileño! ¡Qué horror! ¡Qué lejos! ¡Qué bien! *Nasceu em Belo Horizonte!* ¡Qué bonito! ¡Qué buena señal! ¡Nos va a costar un pico el billete!

Se dejó caer en la silla, sin soltar la foto.

—Veintidós años. Fred Behren, Farley, Fred. Pues él va a ser. Si alguien es, es él.